

LA EXPLOSIÓN DEL MOLINO DE LA PÓLVORA

Jesús POMARES ESPARZA

Jesús Pomares fue presidente de Amigos de la Catedral de Pamplona. Escribió este artículo, por su relación con la restauración de cresterías y reposición de pináculos en la Catedral de Pamplona, que en 2010 fueron objeto de un estudio preliminar de la Consejería de Cultura y Turismo del Gobierno de Navarra, siendo canónigo fabricante D. Javier Azipún Bobadilla. El artículo está basado en una publicación, entre otras, del que fuera canónigo archivero D. José Goñi Gaztambide, en la que figura un boceto con una propuesta de reconstrucción de estos elementos de D. Onofre Larumbe. Las cresterías pueden verse desde el claustro de la catedral, a ambos lados del rosetón del brazo meridional del transepto, cuya vista se ha facilitado con la retirada durante las obras de restauración del claustro, de las coníferas existentes en el patio. Los pináculos sobre la Puerta de san José, de cuyo estado, al igual que el de las cresterías, existe constancia fotográfica en La Catedral de Pamplona, publicado en 1994 por Caja de Ahorros de Navarra, se colocaron a principios de 2013 y pueden contemplarse desde el baluarte del Redín.

Cualquiera que ve el exterior de la Catedral de Pamplona no duda en decir que ésta es muy monótona, muy sosa, que no tiene los pináculos y cresterías de otras catedrales góticas. Pero este observador no sabe que el aspecto actual del templo no es el original, mucho más elegante, el que tenía a finales del siglo XV cuando concluyó su edificación. La culpa de todo esto la tuvo el Molino de la Pólvora.

Fue Felipe II el que mandó construir este molino para la elaboración de la pólvora, tan necesaria para abastecer una plaza militar tan importante como

Pamplona, estratégicamente situada frente a Francia. Estamos en la segunda mitad del siglo XVI. El molino estaba al pie de las murallas, debajo del portal de Francia, al otro lado del río Arga, junto al moderno puente del Vergel. Según datos de la época, "el Molino y Fábrica de Pólvora era de traza tan estimable, que no la tiene igual España, moviéndose con la violencia del agua, labrando cada día 14 quintales de pólvora, y mucho más si la necesidad obligase".

Pináculos sobre la puerta de San José





Presa junto al antiguo convento de las Agustinas de San Pedro, "las Petras", y el puente de San Pedro.

Pues bien, en 1673 se produjo una primera explosión que dañó la Catedral en sus pináculos y vidrieras. Más tarde se produjeron otras cuatro explosiones. Pero fue la de la madrugada del día de San Patricio de 1733, cuando más barriles de pólvora estaban almacenados, con mil libras de pólvora fina de Aragón, la que causó una de las mayores desgracias que ha sufrido la ciudad.

El párroco de San Cemin, Joaquín de Muru, anotó para el archivo de su iglesia: *"Año de 1733 en 17 de marzo se encendió el molino de la pólvora... Temblaron todos los edificios, se abrieron muchos, cayeron muchísimos... Volaban vigas gruesísimas, caían sobre los edificios, tablas, piedras... Se oyó el estruendo en los lugares más distantes de este Reino"*.

El canónigo Fermín Lubián dejó una relación de los estragos producidos en la Catedral con tal motivo: *"Este dicho día 17 de marzo, que era martes, a lo que serían las seis y cerca de cuarto de la mañana... se sin-*

tió un estallido tan horrible en la ciudad y conmovióse todas sus fábricas, que todos pensaban se arruinaba la ciudad sin conocer lo que fuese, pues unos creyeron terremoto, otros algún rayo y el que menos ruina de la casa donde le cogía el trabajo, pues todas las casas y fábricas se conmovieron... De todas las casas del lugar la gente se salió, unos enteramente desnudos, otros a medio vestir, y corrieron todos al campo y la Taconera, pues la voz que primeramente corrió, era de haberse quemado los morteros del molino de la pólvora y que proseguía el fuego y restaba el repuesto o secadero".

La onda expansiva destruyó las tracerías de los ventanales con sus vidrieras, descerrajó todas las puertas, tiró los veintitantos torreoncicos –pináculos– del tejado y las pirámides de los arbotantes que dan a la plaza de San José. Las torres quedaron muy dañadas, especialmente la más alta, la de la campana María. Por aquel entonces no estaba construida la actual fachada. Las dos torres se parecían a las actuales de San Cemin.

A pesar de todo, "sólo" hubo cinco muertos, empleados del molino. El Ayuntamiento celebró por ello un *Te Deum* (acción de gracias) en la capilla de San Fermín de la parroquia de San Lorenzo y resolvió dar memorial al rey, Felipe V, para que el molino no se volviese a construir en donde había estado, sino distante de la plaza.

De aquel molino sólo queda la presa, de considerables dimensiones, la presa llamada de San Pedro, desde donde partía el canal hasta la peligrosa factoría.

La introducción del artículo y las fotografías son de Miguel A. Bretos Noáin.



Cresterías junto al rosetón del transepto meridional, vistas desde el claustro.